

Doña Isidora Zegers¹

1803-1869

por Jorge Urrutia Blondel

De la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile e investigador del Departamento de Música de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales y Escénicas de la Universidad de Chile.

A los cien años de la muerte de doña Isidora Zegers, intentamos este sencillo acto de homenaje y recordación al que han deseado especialmente asociarse la Universidad de Chile, a través del Instituto de Investigaciones Musicales, el muy alto organismo que es la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile y la Asociación Nacional de Compositores, instituciones a todas las cuales nos honramos en pertenecer, y que nos distinguieron con el recado de representarlas en la ocasión. Además, nos acompaña la Biblioteca Nacional, que nos acoge y, obviamente, numerosos descendientes de la gran figura que evocamos, no pocos de ellos aquí presentes, comprometiendo nuestra gratitud.

Comenzaremos esbozando de preferencia sus rasgos humanos, para después ocuparnos de los artísticos. La vida de doña Isidora es de tal interés, que se imponen aunque sean unos cuantos y modestos hilvanos para destacarla, antes de considerar sus específicos aportes al progreso del viejo Chile musical.

Como primera observación general en la historia personal de doña Isidora se destaca el hecho de que el paso de sus días por la niñez hasta la juventud, se produjo en geografías y tiempos especialísimos. Esto la obligó a conocer lo movido, lo inquietante de horas muy tensas, como testigo de episodios trascendentales en la historia del Mundo Viejo y en el Nuevo. Y, por cierto, todo esto influyó en su ventura o sus congojas, pues llegó a tocar directamente a su hogar y a su destino.

Encontramos, desde luego, una ascendencia noreuropea por una parte, acaso la más decisiva, e hispánica por otra. En ambos casos fue bastante ilustre y rica en miembros que se destacaron en las actividades de las artes, la diplomacia, las armas y, en general, en toda acción brillante que supone la aplicación de los dones tanto adquiridos como presumiblemente heredados.

Es en tierras de Flandes donde su familia tiene un remoto origen por línea paterna. El apellido ya lo indica, sobre todo en su forma original y primitiva de SEGHERS, convertido en ZEGERS, cuando una rama familiar se radica definitivamente en Francia. Se ha dicho que con esta familia estaban entroncados algunos distinguidos cultores flamencos de la pintura.

¹ Presentamos una síntesis de la conferencia pronunciada por el autor, en la Biblioteca Nacional en Santiago, el 14 de julio de 1969, día del centenario de la muerte de doña Isidora Zegers, relevante figura del siglo XIX en los dominios de la música.

Además, una referencia mínima sobre el abuelo de doña Isidora sería como sigue: Manuel de Zegers, Conde de Wassemburg y Visconde de Mercy, nacido en Bruselas el año 1725. Lo curioso es que, no obstante estos abuelos —que sólo citamos para destacar la antítesis que sigue— demostró marcada tendencia a luchar por causas que estimaba libertarias. Movido por ellas acompaña a Lafayette en la expedición que atraviesa el Atlántico, a fin de participar en la gesta de la independencia de los Estados Unidos de América.

Interesante es también la vida de don Francisco, hijo del anterior y padre de doña Isidora, nacido en el consulado francés de Mogador, plaza fuerte de Marruecos, educado en Francia y luego en España, como cadete militar. También en este último país casó después con doña Florencia Montenegro, perteneciente a una no menos ilustre familia española.

El 1º de enero de 1803, nace en Madrid doña Isidora Zegers y Montenegro.

La temprana aventura comienza para la niña Isidora cuando debe emigrar con su familia a Francia, a raíz de la derrota de José Bonaparte en España, a quien obviamente su padre alcanzó a servir durante la ocupación gala, ya que él mismo era francés.

Radicados en Francia, donde don Francisco ocupa un cargo del Gobierno, le toca a ella convivir con los cambiantes sucesos de la gran aventura Napoleónica, hasta el fin de la misma, el destierro del gran soldado-estadista y la entronación de los Borbones con Luis XVIII.

Todo esto coincide también con la época de la muy cuidadosa formación cultural y musical de la joven madrileña.

En Londres, don Francisco entra en contacto con el complicado diplomático guatemalteco Irizarri, y contratado ingresa a las labores del Ministerio de Relaciones Exteriores de la flamante República de Chile, a la cual llega en el año 1822. El país aprovecha sus grandes dotes personales: experiencia administrativa, cultural, conocimiento de idiomas y de las prácticas internacionales. Su esposa Florencia y sus cuatro hijos: Luis, Fernando, José e Isidora llegan un año después.

Esta fecha de llegada —el importante 1823— señala también el comienzo de un turbulento período histórico en Chile, después de la abdicación de O'Higgins, justamente ese año. Es otra caída de un gran hombre casi presenciada por la joven Isidora Zegers. Entonces se suceden y se superponen rápidamente innumerables acontecimientos tales como: ensayos fallidos de Constitución (1822 y 1823), proyectos de federalismo, lucha entre "pipiolos" y "pelucones", campañas finales en Chiloé, formación del grupo de "Estanqueros", algo de la acción de Portales, cambios de Jefes de Gobierno, depredaciones de los Pincheira, luchas entre el Ejecutivo y el Congreso.

Simultáneamente, y por fortuna en un plano pacífico y distinto, dentro del cual entró a actuar la Sra. Zegers, se producen otros acontecimientos que es conveniente recordar como cuadro general histórico, artístico y humano



Doña Isidora Zegers.

Oleo de Monvoisin.

del momento. Precisamente alrededor de 1823, que resulta tan decisivo en la historia general y musical del país, se integran otros personajes que han de dejar muchas huellas futuras.

Así, cabe citar muy especialmente la llegada desde Mendoza, en 1822, de don Fernando Guzmán y su hijo Francisco, ambos buenos pianistas y el segundo también violinista. Don Fernando llegó a ser el tronco de una distinguida familia de músicos, ya nacidos en Chile. Entre ellos descolló don Federico Guzmán, el notable pianista y buen compositor, quien comparte con doña Isidora la triste suerte de ser igualmente desconocidos en su patria. Por esos años llegan al país otros buenos músicos profesionales: Lafinur, Bartolomé Filomeno y Bernardo Alzedo, los dos últimos desde Lima y el primero desde Córdoba, Argentina. Todos se agregaron a muy buenos elementos ya integrados a la aún lánguida vida musical chilena, tales como: Drewetcke, Neyl, Kendall, Kirk y, posteriormente, Massoni.

La totalidad de los que entonces hacían labor musical en el país eran todavía extranjeros, comenzando por doña Isidora Zegers. Una gran excepción la constituía el chilénísimo José Zapiola, quien merece un estudio aparte. ¿Y qué más gran personaje que la Zamacueca, llegada justamente también en 1823 desde Lima, según los "Recuerdos" de Zapiola, y que había de ser también chilénísima?

Doña Isidora contó con todos estos personajes en la fundación que ella hiciera de una "Sociedad Filarmónica", la primera de Chile.

Al margen de su actividad musical, ocurre un acontecimiento de íntimo significado en la existencia de la Sra. Zegers: contrae matrimonio con el Coronel Guillermo de Vic Tupper, a fines de 1826. Don Guillermo era un caballero británico, nacido en la Isla de Guernsey, Canal de la Mancha, el año 1800. El joven Guillermo Tupper había recibido una esmerada educación en Inglaterra y luego en París, en una Academia Militar. Después de andanzas por varios países de Europa y regresos a su patria, llega al Brasil desde donde se dirige a Chile. Aquí ingresa al ejército nacional, donde luego se distingue por su cultura, eficiencia profesional y su apuesta presencia física.

La propia doña Isidora relata que este matrimonio no fue tan fácil. En carta a un cuñado en el Brasil, expresa que su "amor a primera vista", a los dos meses de la llegada del militar, no fue del agrado de su padre. "Sabiendo él que Tupper no tenía fortuna, y además porque no deseaba un militar por yerno y temiendo, con razón, que su bella figura, su juventud y múltiples atractivos pudiesen hacer impresión sobre mi corazón, lo trató con frialdad".

El joven fue herido en su orgullo, y tras una ruptura con su padre no volvió a aquella casa. Pero todo cambió después. Tupper fue nombrado Teniente Coronel antes de su última expedición a Chiloé, y la mano de doña Isidora le fue finalmente concedida. Ella describe así el suceso: "El General don Ramón Freire, entonces Director Supremo, hoy día Presidente de la Re-

pública, nos hizo el honor de ser padrino de nuestro matrimonio, junto con mi padre. El me hizo muy hermosos regalos y desde entonces nos mira como a sus hijos. De Vic es, indudablemente, el militar que él más estima en Chile. La ceremonia de nuestras bodas fue brillante. Todos los ministros, los Jefes civiles y militares, como asimismo los principales comerciantes asistieron. Todo el mundo se alegró de nuestra unión . . .”.

De este matrimonio nacieron tres hijos: Flora, Elisa y Fernando. La ventura de la pareja fue fugaz, duró sólo un poco más de tres años. El Coronel Vic Tupper encontró feroz muerte en la célebre y decisiva batalla de Lircay, en 1830, que puso fin a una crisis político-militar muy prolongada y aflictiva para el país.

Poco antes de este desenlace, doña Isidora tuvo que sufrir sobresaltos y peligros, algunos de muerte para ella misma, por odios políticos contra su esposo. Debió refugiarse en la casa episcopal del Obispo Vicuña. Allí incluso forzaron las puertas, y el eclesiástico debió ahuyentar a los atacantes con un crucifijo . . . pero también con un trabuco.

Al caer Freire e instalarse Prieto en el poder, todo cambió para la joven gran dama. También su familia sufrió dificultades y estrecheces, pues el padre fue separado de sus cargos. Entonces doña Isidora abrió un establecimiento de enseñanza de gran categoría en el que ella desempeñó una magnífica docencia en materias musicales.

Con motivo de su segundo matrimonio, celebrado el 1° de enero de 1835, se inicia una nueva era en la vida de la Sra. Zegers. Su esposo es don Jorge Huneeus Lippman, nacido en 1801. Por un curioso destino, la dama de lejano origen flamenco, se unía a alguien con la misma distante ascendencia noreuropea.

Las luchas religiosas en Flandes y zonas adyacentes, después de la Reforma, provocaron en el siglo XVI la emigración de muchas personas originarias de esas regiones. Es así como desde Gantes habría partido quien, portando el primitivo apellido HUENS, sería el más lejano antepasado conocido de los HUNEEUS, forma en que quedó fijado este nombre después de sucesivas transformaciones en tierras germanas. A fines del siglo XVIII, en Bremen, ya lo llevaban así algunos descendientes.

Originario de dicha ciudad es don Jorge Huneeus, quien se educó en Inglaterra, país en el que se especializó en materias relacionadas con el alto comercio. Llegó a Chile en 1826, trayendo la representación de varias grandes casas inglesas y alemanas. Su cultura era bastante amplia y se le ha descrito como poseedor de una figura atrayente, alto y rubio.

Desde su llegada fue un regular contertulio en los salones de los Tupper Zegers. Ahí surgió su gran admiración por la extraordinaria personalidad de la anfitriona.

Nuevamente doña Isidora disfruta de un hogar acomodado y próspero, se rodea de grandes relaciones artísticas, diplomáticas, culturales y políticas. En este medio brilla de nuevo la destacada figura de quien sería en adelante doña Isidora Zegers de Huneeus.

En sus salones se reúnen grandes personalidades chilenas y extranjeras tan eminentes como don Andrés Bello, doña Mercedes Marin del Solar, José Joaquín Vallejo (Jotabeche), Juan Godoy, Manuel Antonio Tocornal, los pintores Rugendas, Manzoni y Monvoisin. Este último pinta algunos espléndidos retratos que nos muestran el siempre agraciado rostro de doña Isidora. Rugendas dejó un cuadro al óleo y varios dibujos que la evocan a ella y a miembros de su familia.

Entre los músicos son innumerables los grandes cantantes, pianistas y violinistas de paso por el país o arraigados en él que acuden a su hogar. Entre otros podrían citarse los Pantanelli, Gottschalk, Herz, Sivori, Wallace y Federico Guzmán.

Es así como durante muchos años ella canta, hace cantar, enseña, organiza, escribe, protege, estimula, aconseja y decide.

Hoy tenemos que juzgar con otros ojos la institución de los salones, pero no debemos olvidar que fueron influyente instrumento de progreso en muchos países. Fácilmente se comprenderá, entonces, el gran papel que estas reuniones hogareñas —entre otras— desempeñaron justamente durante el auge del movimiento romántico en Chile, el de la generación de 1842. Para los músicos de este país, como después veremos, mucho cuentan las decisivas influencias que desde allí surgieron para ayudar a la fundación del Conservatorio Nacional.

La laboriosa existencia de doña Isidora, a medida que pasan los años, se hace más compleja debido al nacimiento, educación y desarrollo de varios hijos nacidos en este segundo matrimonio, que se suman a aquellos habidos en el primero. A la altura de sus sesenta años cuenta también con no pocos nietos. La descendencia de ambos hogares que formó, ha dado lugar a la generación de varias otras ramas. Varios de estos descendientes se han distinguido como figuras ilustres en la vida pública y la cultura chilena, hasta nuestros días. Uno de ellos, don Jorge Huneeus Zegers, fue Rector de la Universidad de Chile.

Una dolorosa enfermedad la obliga a buscar un clima más adecuado y pasa un breve tiempo en Copiapó donde, a pesar de achaques y dolores, aprovecha la circunstancia para fundar otra Sociedad Filarmónica, incluso canta difíciles trozos durante el acto de inauguración en el lujosísimo teatro que existió en aquella ciudad nortina, en pleno auge minero.

Al comenzar 1869 se agrava notablemente. Rodeada de los suyos muere al atardecer del 14 de julio de ese año.

* * *

El objeto de las líneas que siguen será considerar la interesante personalidad de doña Isidora desde un ángulo específicamente musical, con referencias a los aportes que hizo a nuestra música en el pasado siglo.

No cabe duda que Isidora Zegers fue un ser que nació música y que gracias a la cuidadosa educación técnica que recibiera en París, durante su

niñez y adolescencia, llegó a ser una extraordinaria cantante. Se sabe que tuvo como maestros a algunas eminentes figuras del momento. Estas aparecen citadas en la breve reseña necrológica que le dedica el poeta chileno José Antonio Soffia. Tiene, pues, la importancia de ser documento directo, contemporáneo y muy informativo, aunque su lenguaje es en extremo florido, incluso para su época. Dice así: "Inspirada del cielo, la señorita Zegers dio expansión a las notas de su alma, y los maestros Caraffa, Paër y Blangina declararon unísonos que la garganta de la linda niña era un tesoro de celestiales armonías y aplaudieron en ella a la futura artista. Su maestro, el célebre Massimino, inventor del sistema de la enseñanza mutua aplicada al canto, hizo de la señorita Zegers su discípula favorita, y era el mayor placer del hábil profesor hacerla competir con las notabilidades más culminantes de la época, como eran las Srtas. Malibrán, la Pasta y la Demoreau.

"Tres años bastaron para que la fama de la sorprendente voz de la Srta. Zegers se extendiese de salón en salón por toda la ciudad² y para que fuese rogada por notables personajes para que aceptase el distinguido puesto de primer soprano de la Capilla Real de Luis XVIII, cuya brillante corte no hallaba nada comparable a la frescura de la voz de la Srta. Zegers. Sus padres resistieron a las múltiples exigencias de sus mejores amigos, y el entusiasta Massimino no pudo conformarse con esta sostenida negativa".

Después que la joven Isidora se embarcara en Le Havre —el 7 de febrero de 1823— para emprender la entonces larga y aventurera travesía hacia esta lejana y misteriosa "Terra australis", el maestro Massimino continuó siendo un fiel amigo de la joven, su confidente y continuo corresponsal desde Francia. El fue quien la puso en contacto artístico con el gran Rossini, a través de la distancia. Isidora ya había cantado su música en París y la siguió cantando y admirando toda su vida, pero nunca conoció personalmente a su autor.

José Zapiola, en sus inefables y utilísimas "Memorias de treinta años", al comentar algunos hechos históricos dice: "Dos años después, en 1822,³ llegó a esta ciudad la Srta. Isidora Zegers, y este acontecimiento efectuó una verdadera revolución en la música vocal.

"La Srta. Zegers no venía sola: traía consigo otra novedad: las Operas de Rossini. Su vocalización brillante y atrevida, su afinación irreprochable y una voz que, sin ser de gran volumen en las notas graves, alcanzaba hasta el fa agudísimo con toda franqueza. Estas y otras cualidades de no menos valor hacían a la Srta. Zegers el mejor intérprete de la música de Rossini".

En otro párrafo agrega Zapiola: "Desde entonces, puede decirse, empezó la afición al canto, y esta afición (destaquémoslo bien) TUVO UN INFLUJO CORRELATIVO EN LA MÚSICA EN GENERAL; GRAN NÚMERO DE PERSONAS SE DEDICARON A SU ESTUDIO..." (el paréntesis y las mayúsculas nos pertenecen).

² No olvidemos que hablaba de París.

³ Inexplicable error cronológico de Zapiola, pues no existían dudas de que llegó a Chile en 1823.

Esta opinión de tan importante contemporáneo de la dama recién llegada, y testigo de los primeros grandes y positivos resultados de su benéfica influencia en el progreso musical de Chile, podrían dispensarnos de mayores comentarios.

Con respecto a la capacidad vocal de la Srta. Zegers y que el ya citado poeta Soffia corrobora, sobrepasando lo anotado por Zapiola, al expresar: "Son muy pocas las cantatrices (sic.), aún las más famosas, que hayan podido recorrer como ella un diapasón de tres octavas justas pudiendo dar con facilidad, y de un modo lleno y sonoro, *el sol sobre el agudo*."

"Sin embargo, no era sólo el *soprano sfogatissimo* lo que embelesa tanto en los conciertos públicos, o en las infinitas reuniones musicales en que cantaba por complacer a sus amigos. Era la gran señora, que en medio de las sagradas atenciones de la familia, encontraba tiempo para cultivar el divino arte de la música...".

En una clasificación técnica corriente, esa extraordinaria voz correspondería, entonces, a la de una Soprano ligera o de "coloratura" que en doña Isidora —aunque ágil, cristalina y muy afinada— es tradición que era de un volumen más bien íntimo.

Siempre prodigó con generosidad esos dones de cantante. La prensa de sus días está llena de alabanzas y comentarios.

Es seguro que doña Isidora siempre se preocupó de la intrínseca expresión musical y del valor estético de sus repertorios. Durante su formación artística conoció la música de reales grandes maestros, sobre todo los de la época clásica, muy vigentes en aquellos momentos, por haber sido sus inmediatos pre-contemporáneos, pues de los románticos no pudo tener un conocimiento sino indirectamente, en época ya posterior, durante su permanencia en Chile.

Es cierto que Rossini —por lo demás genial autor de algunas obras maestras— pareció monopolizar excesivamente sus preferencias, pero no por esto olvidó ella a Mozart en sus programas y a otros grandes clásicos. Hasta la influenciaron en la composición de sus obras originales, según veremos después.

Lo que ocurre es que doña Isidora fue una muy fiel hija de su tiempo; prisionera de la ambientación artística que la rodeó, e incluso de sus propias e innatas grandes condiciones de cantante. No olvidemos que el París de su adolescencia —edad en que tan fuertemente se graban impresiones— llegó a ser centro y plaza fuerte de toda una escuela de operistas, que gozaban de gran éxito y favor.

Es por esto que fue completamente natural y espontánea —casi lógica— la influencia humana y técnico-musical que doña Isidora ejerció a su vez en el proceso de supervalorización y gran cultivo del género lírico en Chile, durante algunas décadas centrales del siglo XIX, especialmente de los maestros italianos. Ciertamente es también que éstos no fueron siempre los mejores exponente del género. Esto llegó a crear en el país una parcial, desnaturaliza-

da y falsa imagen de los valores específicos de la música en general, lo que hasta hizo necesaria, posteriormente, la formación de una recia "contra-ofensiva".

De todas formas, lo que en el proceso pudo caberle a la Sra. Zegers sería el punto más débil y fácil de explotar, si se deseara aplicarle normas de muy estricta crítica. Basándonos en las razones antedichas y en la exacta perspectiva histórica, si todo se sometiese a cálculos de compensación, saldría beneficiada doña Isidora por todo lo positivo que ella hizo por el viejo Chile musical.

Además de su voz maravillosa y de su completa musicalidad, mostraba la ilustre dama una viva inteligencia, un espíritu público, un deseo de progreso y de servicio y, sobre todo, un asombroso dinamismo. Es así como nuestra historia de la música ha registrado, con interés y gratitud, especialmente sus aportes y fundaciones de carácter duradero y de utilidad colectiva, realizados en diversas etapas de su existencia.

En sus "Recuerdos", Zapiola nos cuenta: "En el invierno de ese año (se refiere a 1826) se estableció la primera "Sociedad Filarmónica" que hemos tenido en Chile. Fue promovida por la Sra. Isidora Zegers de Tupper con Carlos Drewetcke".

El excelente don José agrega una apreciación técnica que nos es de gran valor para complementar la ubicación musical de la notable dama. Dice Zapiola: "La Sra. Zegers, en todo el vigor de su talento musical, era la admiración de los inteligentes, y puede asegurarse que en cuanto a ejecución no ha tenido hasta ahora rival. Respecto de su prodigiosa facilidad para leer música a primera vista, acompañándose al piano, está fuera de toda comparación con lo que hemos visto después".

Acerca de la institución antes citada y, sobre todo, de su importancia como elemento para la comunidad, es también de gran valor otro testimonio de la época. Esta vez de un viajero norteamericano, Mr. W. S. Ruschenberg quien, en sus "Noticias sobre Chile" (1831-32) escribe: "La Sociedad Filarmónica se estableció con el objeto de fomentar y cultivar el gusto de los chilenos por la música, y también para crear una atmósfera social más general. Se daba una función cada semana que consistía en música vocal e instrumental, y en la que tomaban parte señoras y caballeros; también había baile y conversación... El buen efecto que ha tenido en general sobre el gusto por la música es muy notorio. Antes de que se estableciera, no se oía tocar sino unos pocos Valses, Contradanzas y Marchas para piano, o una que otra Tonada con acompañamiento de guitarra: hace diez años el piano era casi desconocido en Chile, usándose en su lugar un instrumento que llamaban clave, pero hoy casi no hay casa donde no se encuentre uno".

Sin embargo, como prueba de que en todas épocas y cosas siempre surgen los disconformes —y a veces muy pintorescos— citaremos el caso de un periódico de aquellos días que protestaba por tantas "innovaciones" aportadas por dicha institución. Buscando argumentos, se llegaba hasta criticar la

vestimenta de algunos asistentes a las reuniones. Así, ciertas damas habrían usado "ridículas escofias y trajes de muselina", y ciertos caballeros llevaban "chalecos de plata", al decir del diario.

Sea como fuere, la fundación de la "Sociedad Filarmónica" equivalía a una gran reforma para su época, y hasta podría calificarse de nuevo orden en el campo de la música chilena. A quienes nos ha tocado personalmente actuar y ver desde dentro lo que nuevamente fue necesario hacer en nuestro tiempo —en una gran oleada de innovaciones anterior a la inmediatamente actual— no hemos podido dejar de constatar cierto paralelismo, casi como pulsación histórica, en un proceso de periodicidad, con lo hecho antaño por doña Isidora. A ella le tocó iniciar algo que cerca de un siglo después realizó la "Sociedad Bach", guardando las inevitables proporciones y obvias diferencia, naturalmente. Y sin problemas de escofias y chalecos...

La brevedad de esta reseña nos impide seguir paso a paso los detalles de la benéfica acción que fue desarrollando esta madreleña, ya definitivamente ingresada a la comunidad chilena. Entre sus innovaciones cabría citarse la organización de conciertos de beneficencia, anteriormente desconocidos en Chile. El primero que se registra en el país lo promovió y dirigió ella misma, con espléndido programa y participantes. Tuvo lugar en mayo de 1835, para colaborar al socorro de las víctimas de un terremoto en el sur, ocurrido en febrero del mismo año.

Pero ha llegado el momento de referirnos a una actuación importantísima de doña Isidora; aquella que la historia de la música chilena recuerda en forma muy especial: su participación decisiva, oportuna e inteligente en la fundación de nuestro primer Conservatorio de Música. En la materialización de tan importante evento hubo varias etapas y contribuyeron varias personalidades de la época, pero son bien conocidas las gestiones personales, directas e indirectas, que realizó la Sra. Zegers para que diversos proyectos parciales llegaran a centralizarse en un solo. En 1849 se crea la Escuela de Música y luego la más definitiva Escuela y Conservatorio de Música, según lo dispuesto por Decreto del Presidente Bulnes del 17 de junio de 1850.

La acción de doña Isidora fue absolutamente desprendida, jamás hubo en ella el menor asomo de interés por cargos, directivas o prebendas. Para primer director del establecimiento obtuvo que se nombrara a M. Alphonse Desjardins.

En el primer reglamento del Conservatorio, dictado recién el 29 de enero de 1851, se entregaba la tutela del establecimiento a un cuerpo colegiado que debía designar la Secretaría de Instrucción, con un director responsable ante ésta y la Academia Superior de Música. El nombramiento de este ejecutivo dio motivo para numerosas y enconadas discusiones.

Para zanjar finalmente las dificultades, el Estado de Chile, en reconocimiento y homenaje a tan preclara hija adoptiva, nombra a doña Isidora Presidente de la Academia del Conservatorio, título de gran significación cultural y "ad-honorem", pero con funciones bastante prácticas.

El diploma extendido por el Presidente Bulnes, con fecha 27 de marzo de 1851, y refrendado por su Ministro Antonio Varas, manifiesta que esta honrosa designación se hace, en uso de sus atribuciones, por la Suprema Autoridad de la República de Chile. El decreto establece: "*Deseando dar testimonio del alto aprecio que hace el Gobierno de los talentos, capacidad y amor a las Bellas Artes que distinguen a doña Isidora Zegers de Huneeus...*".

Era la consagración definitiva, oficial y justa, de la gran mujer que tanto había servido a la República.

Un año más tarde ella debió vivir, materialmente, los curiosos e inolvidables momentos de solemnidad exterior que el suceso acarrecaba. Dentro del programa de Fiestas Patrias de 1852, con inexplicable retraso, se consultó también la instalación del Consejo de la Academia del Conservatorio. Aquello se hizo con tanto despliegue de seria espectacularidad que, aunque ahora nos parezca pueril, la importancia que por primera vez el Estado le da a la música no deja de conmovernos.

No resistimos a la tentación de reproducir íntegro el texto de la orden del día de la plaza de Santiago que, a manera de bando, convocaba a asistir al magno acontecimiento público. Dice así: "A las dos y media de la tarde las Compañías de Granaderos de los seis cuerpos de infantería cívica de esta capital, con sus respectivas bandas de música, gastadores y banderas, se hallarán en la plazuela de la Compañía al mando de un Jefe, para hacer los correspondientes honores a su Excelencia el Presidente de la República quien, con todas las Corporaciones debe concurrir al Salón del Senado para solemnizar la instalación del Conservatorio Nacional de Música".

¡Con todas las Corporaciones! Casi se diría una imponente escena de "Los maestros cantores de Nüremberg"...

Después del Presidente, era doña Isidora quien, en nombre de la Música, presidía el acto en el Congreso Nacional (Palacio de los Gobernadores). Allí le correspondió leer algunas palabras.

Todo esto ocurría en el Palacio de los Gobernadores, construido en 1719.

Un año más tarde, la progresista e incansable dama participó en otra iniciativa primeriza, de importancia para el progreso musical del momento: la publicación de la primera revista especializada que conoció Chile y una de las primeras de América española: el "Semanario Musical". Aparece en abril de 1852, fundado conjuntamente con don Francisco Oliva, don Bernardo Alzedo y don José Zapiola. Sobre este último recaía el mayor peso editorial.

El "Semanario" tuvo éxito y alguna circulación, pero los tiempos no eran aún propicios para que una revista exclusivamente musical durase mucho. Sólo se publicaron dieciséis números, de abril a junio del año indicado. Como suplemento siempre se insertaban algunas sencillas piezas musicales. Entre los colaboradores más constantes estuvieron Desjardins, Drewetcke y José Zapiola, quien hacía interesantes críticas, incluso a los desbordes operísticos.

Doña Isidora colaboró también. Se le debe, entre otros, un interesante estudio sobre "Los orígenes de la Opera en Francia", aparte de otros artículos en los cuales no se cuidaba de poner su firma. También colaboró con tra-

ducciones del francés e italiano, idiomas que, aparte de un buen conocimiento del inglés, dominaba con una perfección que asombró a especialistas. Así lo acreditaron, sorprendidos, muchos testigos contemporáneos.

Tanto en la empresa de editar esa revista, como en otras labores, fue afortunado el hecho de que dos personalidades tan diversas en posición humana, ideológica y técnico-musical, como fueron la Sra. Zegers y Zapiola lograran entenderse perfectamente. Esto pudo ser difícil dadas las lamentables limitaciones y prejuicios del medio y la época, pero un buen tacto, amor a la música y a su progreso en Chile, contribuyeron a esa feliz y fructífera colaboración.

Nos cabe todavía hacer referencia a un aspecto muy diverso e ignorado de la completa personalidad musical de doña Isidora, la de la creación musical.

Su producción no es abundante, ni sus obras de gran significación o consistencia. Las obras de que disponemos, en su totalidad ejemplares únicos, impresos y manuscritos, se encuentran en un archivo particular.

El conjunto de estas composiciones originales nos revela varias cosas interesantes. Desde luego, que la formación musical de doña Isidora fue bastante completa. Comprendió muy fundamentalmente el canto, pero también el piano, el arpa y aún la guitarra. Se comprende que además tuvo una cuidadosa preparación en algunos ramos específicos y mínimos de Composición: posiblemente Armonía, Formas y escritura pianística y vocal. Sobre posible práctica del Contrapunto y otros ramos superiores se carece de información.

Tampoco se sabe con certeza quién fue su profesor de Composición, pero entre sus maestros, aparte del importante Massimino se ha citado a Paër. Se presume que su guía en la especialidad fue este autor, muy estimado a la sazón en la corte francesa, aunque sus obras no lo han sobrevivido.

Es probable que algunas composiciones originales de la Sra. Zegers se hayan destruido o extraviado irremediablemente. Serían posibles —aunque muy dudosos— felices y futuros hallazgos. Un fácil recuento de lo que ha llegado hasta nuestros días —que en su totalidad nos fue posible analizar— indica que esta producción conocida, puede hasta hoy dividirse en dos únicos grupos: I) Composiciones para piano solo y, II) Composiciones para canto con acompañamiento de piano (u opcionalmente de Arpa, indicado en algunos casos por ella misma).

Por el momento no se registran obras corales, sinfónicas o de otro tipo “de cámara”, aparte de los ya enumerados.

Las obras para piano sólo forman un conjunto de catorce trozos muy breves, de sencilla factura y corte bastante regular, todos titulados “Contradanzas”. No fueron editados y, sin excepción, los manuscritos aparecen fechados en París, en 1822. Es decir, un año antes de la partida de la autora a Chile, y año que así se muestra como bastante fecundo, a menos que sea fecha convencional: la de una simple agrupación de los trozos, o la de su anotación en limpio.

Todos ellos tienen encantadores títulos, correspondientes a *figuras* de la *Cuadrilla Francesa* ("La Flore", "La Penélope", "La Camille", por ejemplo), pero su contenido musical, aunque sin ambiciones, revela el propósito de sustraerse a la exclusiva y frívola finalidad de proveer ritmos de danza.

6

LA MERCEDES
Contradanse. N.º I. de Zegers.

"Les regrets d'une bergère"
(Romance)

Paroles de A. Gauthier

Musique de Isidora Zegers

CHANT

A - dieu char - mant bo -

PIANO

ca - - ge di - sait un - jour Chlo -

é en fu - yant le ri - va - -

ge de ses pleurs - - ar - ro - sé

En realidad, la Contradanza (derivación del "Country-dance" inglés), aunque danza de estrado —de mucho auge europeo y americano en cierta época— alcanzó un elevado rango musical. Igual que la Gavota, el Minueto y otros bailes contemporáneos, fue cultivada por grandes maestros, incluso Mozart y Beethoven. Este último escribió doce Contradanzas.

Las obras vocales de doña Isidora son más interesantes, pero reducidas en número. Sólo se conocen seis: todas amables, tiernas y convencionales "pastourelles", a las que denominó "Romances". Cinco de ellas tienen textos en francés, en regulares estrofas de versos octasílabos y temas galantes: quejas de ausencias o de amor dolido. En su mayoría están fechadas en París, cuatro en 1823 y una en 1829. Una sexta es doblemente excepcional: la única con texto en español, y sólo ella —al parecer— fue editada en Chile, en 1846. Los dilatados lapsos que aparecen sin actividad creativa de la Sra. Zegers, son hasta ahora inexplicables.

Dada la gran inclinación de la autora por la Opera, pudo haberse esperado una gran influencia de aquel género en sus obras para canto. Nada de eso ocurrió, felizmente. Todo en esas composiciones es medida y sobriedad, formas escuetas y regulares, melódica contenida, fórmulas instrumentales simples, ámbitos cómodos y normales para la voz, siempre en tessitura alta y adecuada para soprano. A pesar de tal austeridad, una agradable calidez circula por las venas musicales de estas obras.

Las mismas características generales nos muestran las amables piecitas para piano solo, ajenas a brillantes ornamentaciones y a cualquier libertad rapsódica o a fantasías formales. La escritura para el instrumento es modesta, pero de acertadas disposiciones gráficas, si bien podría objetarse lo reiterado y simple de las figuraciones empleadas y el predominio excesivo de ciertas fórmulas. Esta escritura presenta un ligero mayor interés cuando el piano sirve de acompañamiento a las canciones.

Como ya lo observamos, por razones de cronología, la joven Isidora en su época de París no pudo todavía ser influenciada por un romanticismo que aún no alcanzaba su plenitud de vigencia. El estilo más cercano en el que llegó a expresarse, en su casi único y temprano período de actividad creadora, podría asimilarse a una especie de transición entre el clasicismo y el romanticismo; aquel se encuentra en las fronteras históricas y estéticas de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Este pequeño legado de obras pianísticas nos revela una sobriedad más bien emparentada con el estilo de los clásicos. Se percibe en ellas un buen conocimiento del Mozart juvenil, de Clementi, Dussek y otros contemporáneos, cuyas obras seguramente estudió mientras adquiría la técnica instrumental en el teclado la que, según parece, fue bastante avanzada.

Otras pruebas de su sencilla pero cuidadosa, y a veces hasta sutil aplicación de técnicas tradicionales, se encuentran en la normal evolución de su melódica, muy digna aunque sin suficiente relieve, en los correctos y bien elegidos enlaces y recursos armónicos, en la planificación de las modulaciones y fórmulas cadenciales, en la sobriedad y nitidez de las formas.

La fama de los sólidos conocimientos técnico-musicales de la Sra. Zegers tuvieron con el tiempo su mayor aplicación en el medio artístico chileno. Se le solicitaba, por ejemplo, su apoyo o recomendación para estudiantes o profesionales que buscaban abrirse camino dentro de la profesión musical o para presentarse en público; se pedía su intervención para contratar músicos en el extranjero: en Europa para la Cantoría de la Catedral de Santiago, en Lima, para una compañía de Opera italiana. Se le solicitaba que participara en audiciones, se recurría a su opinión respecto a ciertos detalles en la composición de una Opera nacional. Son numerosos e interesantes los contactos epistolares con el autor, don Aquinas Ried, vecindado en Valparaíso.

Mantuvo también nutrida correspondencia (gran parte de ella se conserva) con músicos de Europa y chilenos en aquel continente y en el país. En este último caso, merecen mencionarse sus importantes contactos postales y directos con don Guillermo Frick, músico alemán vecindado en Valdivia.

Su riquísima biblioteca de partituras, conceptuada en aquella época como posiblemente la mejor de carácter privado en Sud América, siempre estaba a la disposición de los artistas nacionales. Parte de ella fue legada al Conservatorio Nacional de Música.

Doña Isidora Zegers no fue pues, personaje del montón en nuestra historia musical. Fue un "arbitrer musicae" en el Chile de antaño. Es imposible, por lo tanto, que dejemos de volver rostro y conciencia, llenos de admiración, hacia su figura y su obra.

BIBLIOGRAFIA

Sobre doña Isidora Zegers

- CORREA SAAVEDRA, MARIO. "*Jorge Huneeus Zegers*". Editorial Andrés Bello. Santiago, 1969.
- CRUCHAGA OSSA, ALBERTO. "*Los primeros años del Ministerio de Relaciones de Chile*". Santiago, 1926.
- FIGUEROA, VIRGILIO. "*Diccionario biográfico de Chile*". Santiago, 1932.
- HUNEEUS, ALEJANDRO. "*Los Huneeus y los Zegers de Chile*". Paris, 1927.
- LAGOS, TOMÁS. "*Rugendas*". Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago, 1960.
- MIRANDA, MARTA ELBA. "*Mujeres chilenas*". Santiago, 1940.
- PEREIRA SALAS, EUGENIO. "*Los orígenes del arte musical en Chile*". Imprenta Universitaria. Santiago, 1941.
- PEREIRA SALAS, EUGENIO. "*Historia de la música en Chile*". Editorial del Pacífico. Santiago, 1957.
- SOFFIA, JOSÉ ANTONIO. "*Biografía de Doña Isidora Zegers*" (1866). Reeditada por Adolfo Allende S. en la "Revista Musical Aulos", Nos. 3 y 4. Santiago, 1933.
- SUTCLIFFE, TENIENTE CORONEL THOMAS. "*Memorias*", conteniendo cartas particulares y narraciones, Santiago, 1890. Inédito.
- VIAL SOLAR, JAVIER. "*Tapices viejos*". Santiago, 1924. (Pág. 243).
- ZAPIOLA, CORTÉS, JOSÉ. "*Recuerdos de treinta años (1810-1840)*". 8ª Edición. Empresa Zig-Zag. Santiago, 1945.